

Por un cuerpo del tacto: mirar, tocar, hender el poema Una puesta en diálogo de lecturas a Jean-Luc Nancy y José Watanabe

Anuar D. Cichero

El tacto forma cuerpo con el sentir o hace de este -de su pluralidad- un cuerpo; no es más que el corpus de los sentidos.¹

Nancy, J-L

I. El cuerpo del tacto

la *certeza* de un árbol es su afuera
todo lo que podemos mirar, tocar y morder
hasta alcanzar la *sabia*

¿Cómo pensar el cuerpo sin someterlo al régimen del sentido, sin significarlo o hacerlo significar? ¿Cómo hacerle justicia si es evidente que, *aquí y ahora*, éste es mi cuerpo (*Hoc est enim corpus meum*)?² Jean-Luc Nancy propone llevar la escritura lo más lejos posible, para tocar el cuerpo en el límite del sentido, donde éste se interrumpe. El cuerpo constituye una apertura, es lo abierto de la clausura y lo infinito de lo finito.³ Entonces se hace necesario abrir una pequeña hendidura en la *corteza*^{4*}, tocando su cierre. Y, como indica Nancy: “Puede ser que sólo haya abertura gracias a un tacto o a un toque”.⁵

Derrida recupera la clasificación de cinco sentidos y su división en dos categorías: “los sentidos objetivos (*tactus, visus, auditus*) y los subjetivos (*gustus, olfatus*)”⁶. Los primeros aportan significativamente al conocimiento, y entre ellos predomina el tacto. Éste es el más importante en la medida en que es el “único sentido de la percepción exterior *inmediata*”⁷. El tacto funda así los dos sentidos objetivos restantes, la vista y el oído, los cuales deben ser referidos originalmente al tacto para poder “constituir un conocimiento por la experiencia”⁸. Nancy conserva la idea de preeminencia del tacto, pero reformula su justificación afirmando que “sería mejor hablar del toque, o destacar el valor verbal de la palabra, como cuando se dice 'el sentir' [...]. El tacto *forma cuerpo* con el sentir o hace de este -de su pluralidad- un cuerpo; no es más que el *corpus* de los sentidos”⁹.

Ese toque consiste en una tarea de escritura, pero nos exige tener tacto¹⁰. Ahí hay una *ley del tacto* que nos exige tocar apenas, no la cosa misma, si no su límite. La ley, entonces, nos exige conducirnos con cuidado: hay que saber tocar sin tocar, sin tocar demasiado, cuando incluso tocar ya es demasiado.¹¹ Pero ¿cuáles son las experiencias del *tocar* prescriptas por este tratado del tacto? ¿Son el golpe y la caricia ejemplos suficientes, podrían ser, también, un beso,

1 Nancy, Jean-Luc. *Las Musas*. Amorrortu, Buenos Aires, 2008. p. 30

2 Cfr. Nancy, Jean-Luc. *58 indicios sobre el cuerpo. Extensión del alma*. Ediciones La Cebra, Buenos Aires, 2007. p. 53

3 Cfr. Nancy, Jean-Luc. *Corpus*. Arena Libros, Madrid, 2003. p. 93

4 La bastardilla es mía: certeza/corteza constituyen un juego de palabras, donde la corteza del cuerpo (o su aparente certeza) se nos presentan como un afuera, un límite a partir del cual tocar para abrir.

5 Nancy, Jean-Luc. *Op. Cit.* *Ibidem*.

6 Derrida, Jacques. *El tocar, Jean-Luc Nancy*. Amorrortu, Buenos Aires, 2011. p. 72

7 *Ibidem*.

8 *Ibidem*.

9 Nancy, Jean-Luc. *Op. Cit.*, 2003. p. 31.

10 En este punto es necesario hacer una distinción con respecto a las acepciones del término tacto [*toucher*], que puede referir, tanto a su dimensión sensorial, el tacto que implica tocar, como a la expresión tener tacto.

11 Cfr. Derrida, Jacques. *Op. Cit.* p. 106.

una mordida, un rozamiento, ejemplos similares? Otras experiencias pueden venir a colación y vienen, forman cuerpo, pesan y hacen catálogo, constituyen un *corpus del tacto*: *tocar ligeramente, rozar, apretar, hundir, estrechar, alisar, rascar, frotar, acariciar, palpar, tentar, amasar, masajear, enlazar, oprimir, golpear, pellizcar, morder, chupar, mojar, sujetar, aflojar, lamer, menear, acunar, balancear, llevar, pesar...*¹² El corpus que delimita Nancy se elabora a partir del concepto de pesaje, y en este punto hay un toque casi intocable entre pesar y pensar. En francés, apenas un fonema separa el pensamiento del peso: “Otra manera de decir que, en este corpus del tacto, se trata no tanto de una lista categorial de las operaciones consistentes en tocar, como de pensar, esto es, pesar lo que de mil maneras se ofrece al tacto, a saber, el cuerpo, el corpus, en cuanto pesa.”¹³ La experiencia del pesaje se ofrece, entonces, como corpus y nos permite ponerlo a prueba, esto es, aprender por experiencia el peso/pesarse.¹⁴

II. Mirar, tocar, hender

La primera operación de tu insomnio
es un juego de los tiempos: te revisas
y confirmas
que ni tus manos ni tus pies
se han desprendido como colas de lagartija.
Todo tu cuerpo sigue amarrado dentro de tu piel.

La otra operación de tu insomnio
no te es accesible. Es del ojo
interior
que navega dentro de tu carne. Es del ojo
que te recorre
y observa cada uno de tus órganos
y se guarda el secreto.¹⁵

Si la escritura, según Nancy, consiste en un gesto para *tocar* el *sentido* dirigiéndose hacia un afuera, entonces, en las primeras dos estrofas del poema “El Ojo”, de José Watanabe, las operaciones del insomnio podrían pensarse en esa vía¹⁶.

Mientras un ojo recorre el afuera del cuerpo, otro ojo -interno- lo navega por dentro. Podríamos pensar que ambos ojos establecen un contacto, justo en el límite de lo intocable, donde se tocan sin tocarse. Hacia un lado y hacia otro, se abren dos espaciamentos, que corresponden a las dos operaciones del insomnio. En la primera, un ojo recorre las extremidades y las revisa: “amarrado dentro de tu propia piel” el cuerpo es su masa, su afuera expuesto ante los propios ojos del *tú*.

Por otra parte, en la segunda operación, la carne y los órganos -esa interioridad- constituyen un afuera para el ojo externo e, inversamente, manos y pies lo son para el ojo interno: “[...] ninguna otra cosa / sabe de ti, ignora si vives en esta ciudad / o en otra, no conoce el papel donde escribes / sobre su perversidad / y tal vez no conoce la perversidad. Él sólo sabe / de tu adentro”¹⁷. En la línea divisoria entre afuera y adentro se traza el límite, lo intocable del cuerpo: puede tocarse, pero no del todo, no es completamente identificable ni con un ojo ni con el otro. El cuerpo no es carne, no es sustancia que adopta una forma, no es un significante cuyo

12 Nancy, J-L. *Op. Cit.* 2003, p. 72

13 Derrida, J. *Op. Cit.*, p. 113

14 Cfr. Nancy, J-L. 58 indicios...*Op. Cit.* 2003, p. 77

15 Extracto del poema “El Ojo”, en Watanabe, José. *Poesía completa*. Pre-Textos, Valencia, 2008, p. 205

16 Nancy, J-L. *Corpus...Op. Cit.*, p. 17

17 Watanabe, J. *Op. Cit.*, ibídem

significado está por ser descripto. El cuerpo es *ser ex-crito*, su existencia está dirigida hacia un 'afuera' del texto y también de la escritura, donde éste tiene lugar.¹⁸

saborear lo de adentro apenas deja de ser

Por la hendidura que abrimos en la corteza, se vierte la *sabia* del árbol; del mismo modo, desde las aberturas del cuerpo, se ex-cribe el ser. La bastardilla en el término “sabia” es mía, corresponde a un juego de palabras entre el adjetivo “sabia” (en el poema, la carne adentro es sabia, y su saber se sustrae al ojo de afuera) y el sustantivo “savia”, referido al líquido que circula por los vasos de las plantas. Según Corominas, savia proviene del latín *sapa*, que significa “vino cocido”, pero en castellano es un término reciente y proviene del catalán *saba*. Considerando sus respectivas migraciones y derivaciones, el término puede encontrarse escrito en fuentes antiguas como *sabia*¹⁹. Esta paronimia entre ambos términos me pareció interesante para abrir el juego: la sangre que circula por los vasos de los órganos es sabia de una manera inapropiable para el *tú* del poema: “[...] Él sólo sabe / de tu adentro”²⁰. Porque en la sangre se guarda el saber del adentro, y, si apelamos a una analogía de índole vegetal, es como la savia de una planta.

Por otra parte, el prefijo *ex* –el cual indica una separación, un salirse de sí–, correspondiente a la excripción, nos lleva a preguntarnos por 'lo excrito', que para Nancy supone lo siguiente: “A ese derramamiento del sentido que *produce* sentido, o a ese derramamiento del sentido a la obscuridad de su fuente de escritura, yo lo llamo lo *excrito*”²¹. La escritura, afirma el filósofo francés, escribe el sentido al tiempo que inscribe significaciones. Excribir el sentido implica mostrar que eso de lo que trata, *la cosa misma*, como así también la existencia de toda cosa de la que es cuestión (incluida su existencia en la escritura), “está fuera del texto, tiene lugar fuera de la escritura”²². Nancy se encarga de aclarar que ese “afuera” no corresponde a un referente al cual remitiría la significación. Al contrario, éste no se presenta como tal si no es por medio de la significación. Ese “afuera” corresponde a un espaciamento: “[...] es el retiro infinito del sentido por el cual cada existencia existe. No lo dado bruto, material, concreto, reputado exterior al sentido y que el sentido representa, sino la 'libertad vacía' por la cual el existente viene a la presencia -y a la ausencia”²³.

Si el tocar forma cuerpo²⁴ con los demás sentidos, la *excritura*, para Nancy, toca -sin tocar del todo- un cuerpo en su extremo. Ahora bien, en un intento por responder la pregunta del comienzo, podríamos postular que, para tocar el cuerpo sin someterlo al régimen del sentido, es decir, tocar sin significarlo, hay que excribirlo. Escribir sin significar, excribir, es abrir, más allá del *aquí* y *ahora* del cuerpo, un espaciamento: el constante diferir del sentido, que se ausenta al presentarse. En la escritura que propone Nancy, “[...] tocar el cuerpo (o más bien, tal o cual cuerpo singular) con lo incorporal del 'sentido'. Y, en consecuencia, *hacer que lo incorporal conmueva tocando de cerca*, o hacer del *sentido* un toque”²⁵.

Prestemos atención a los siguiente versos del poema “Animal de Invierno”²⁶:

Voy sin mentirme: la montaña no es madre, sus cuevas
son como huevos vacíos donde recojo mi carne
y olvido.

18 Nancy, J-L. *Corpus...Op. Cit.*, p. 17

19 Cfr. Corominas, Joan y Pascual, José. *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Volumen V, Gredos, Madrid, 1884, p. 917.

20 Watanabe, J. *Op. Cit.* p. 205.

21 Nancy, J-L. *Un pensamiento finito*. Anthropos Editorial, Barcelona, 2002, p. 39.

22 *Ibíd.*

23 *Ibíd.*, p. 44.

24 Aquí al cuerpo lo entendemos también como *corpus*, el *corpus de los sentidos*.

25 Nancy, J-L. *Op. Cit.* 2003, p. 12.

26 Watanabe, J. *Op. Cit.* p. 199.

La voz del poema no se miente, sabe que ni en el interior de la montaña no-madre ni en sus cuevas -“huevos vacíos”- sólo encontrará. Al calor de las cuevas, quizás un vientre de piedra, no está su origen, porque ese espaciamento no es humano. Ahora bien, toquemos ese punto del poema para abrirlo, para genera otra apertura que nos reenvíe a un espaciamento humano: la boca abierta, donde, según Nancy, se unen cuerpo y alma. La boca, que besa, lame o succiona el pecho materno, nos remite directamente al tacto; pero en el poema, bajo la montaña, esa apertura es una ausencia. Salgamos a la superficie:

Hoy, después de millones de años, la montaña
está fuera del tiempo, y no sabe
cómo es nuestra vida
ni cómo acaba.

La montaña nos mira desde su indiferencia, está fuera de nuestro tiempo: aquel con el que contamos los días y los años (cuenta finita como nosotros, después de todo); fuera del tiempo de la narración; fuera del tiempo que nos envejece hasta exterminarnos. El tiempo al que pertenece la montaña es el que comenzó con el origen del universo y que se extinguirá el día que éste colapse – si esas teorías resultan ciertas. Pero de ese tiempo de la ciencia también está fuera la montaña. Porque ese tiempo, como todos nuestros tiempos decibles, pertenece al lenguaje. Por eso, en el corazón de la montaña, así como en el corazón de las cosas, no hay lenguaje. La montaña habla un idioma extraño allí en el núcleo de no-lenguaje al cual no podemos acceder. Más acá, en el final del poema, el *yo* se *toca*, o recíprocamente, se deja tocar por lo intocable de la montaña.

como el árbol no tengo interior
desconozco mi certeza

III. Consideraciones finales

Estos dos -breves- ejercicios de lectura, que propusimos para los poemas de Watanabe, consistieron, hasta aquí, en un intento por seguir la propuesta de Nancy: tocar el poema para abrirlo a las variaciones del sentido y hacer del sentido un toque. Escribo *poema* donde habríamos de pensar un cuerpo, teniendo en cuenta que el tocar²⁷ de la escritura *forma cuerpo* con otras configuraciones del sentir²⁸. Como se había indicado al principio de este trabajo, Nancy delimita un *corpus del tacto* con las distintas modulaciones del tocar, el cual nos da la oportunidad de delinear un futuro corpus de trabajo. Los poemas de Watanabe seleccionados para este trabajo integran una serie de poemas en los cuales se advierte la presencia de distintas *formas del tocar*²⁹ como las que enuncia Nancy.

La experiencia del pesaje se ofrece, en primer lugar, como *corpus*, y nos permite ponerlo a prueba, esto es, aprender por experiencia el peso/pesarse³⁰. La puesta a prueba consiste, precisamente, en tomar dichos poemas-cuerpos y sopesarlos, dejarnos tocar por aquello de la escritura que no tiene cuerpo: el infinito diferir del sentido.

27 Aquello de la escritura que nos toca, nos conmueve, como así también lo que aquí nos toca decir acerca de una escritura particular, la escritura poética de José Watanabe.

28 Con el término “sentir” nos referimos, en particular, a las experiencias sensibles del gusto, la vista, el oído y el olfato.

29 En este caso, serían *mirar* para “El Ojo” y *tocar* para “Animal de Invierno”.

30 Cfr. Nancy, J-L. *Op. Cit.* 2003. p. 77.

Anexo: poemas³¹

El Ojo

La primera operación de tu insomnio
es un juego de los tiempos: te revisas
y confirmas
que ni tus manos ni tus pies
se han desprendido como colas de lagartija.
Todo tu cuerpo sigue amarrado dentro de tu piel.

La otra operación de tu insomnio
no te es accesible. Es del ojo
interior
que navega dentro de tu carne. Es del ojo
que te recorre
y observa cada uno de tus órganos
y se guarda el secreto.

El ojo ha nacido contigo
para fisgar tu lento desastre, ninguna otra cosa
sabe de ti, ignora si vives en esta ciudad
o en otra, no conoce el papel donde escribes
sobre su perversidad
y tal vez no conoce la perversidad. Él sólo sabe
de tu adentro.

Pronto se acabará esta noche con sus estrella compasiva
en la ventana
y tampoco hoy sabrás
si el ojo que viaja por tus confines
es el ojo de Dios que observa maravillado
a cada órgano
haciendo incansablemente y todavía lo suyo
o si es el indiferente pero acucioso ojo de la nada.

Animal de Invierno

Otra vez es tiempo de ir a la montaña
A buscar una cueva para hibernar*.

Voy sin mentirme: la montaña no es madre, sus cuevas
son como huevos vacíos donde recojo mi carne
y olvido.
Nuevamente veré en las faldas del macizo

vetas minerales como nervios petrificados, tal vez
en tiempos remotos fueron recorridos
por escalofríos de criatura viva.
Hoy, después de millones de años, la montaña
está fuera del tiempo, y no sabe
cómo es nuestra vida
ni cómo acaba.

Allí está, hermosa e inocente entre la neblina, y yo entro
en su perfecta indiferencia
y me ovillo entregado a la idea de ser de otra sustancia.

He venido por enésima vez a fingir mi resurrección.
En este mundo pétreo
nadie se alegrará con mi despertar. Estaré yo solo
y *me tocaré***
Y si mi cuerpo sigue siendo la parte blanda de la montaña
Sabré
Que aún no soy la montaña.